

ve atrás con una pirueta. Al dejar la vida en los bosques del Canadá, ¿hubiera llevado mi alma al tribunal supremo, los sacrificios, las virtudes de los padres Jogues y Lallemand, ó dias perdidos y miserables quimeras?

No fue este el único peligro que corrí. Una escala de lianas servía á los salvajes para bajar al pozo inferior, y se hallaba entonces rota. Deseando ver la catarata de bajo á alto, me aventuré á descollarme por el flanco de una roca casi abierta á pico. A pesar del ruido que producía el agua debajo de mí, conservé la cabeza, y llegué como á cuarenta piés del fondo. Allí, la piedra vertical y desnuda no ofrecía punto de apo-

yo; quedé colgado de una mano á la última raíz, sintiendo que mis dedos se abrían por el peso de mi cuerpo: hay pocos hombres que hayan pasado minutos como los que yo conté. Mi mano, fatigada, se abrió, y caí. Por una felicidad inaudita, me paré en la raíz de una roca, donde me hubiera debido estrellar mil veces, y no me noté gran daño; estaba á medio pié del abismo, y no había rodado; pero cuando el frío y la humedad comenzaron á penetrarme, me apercibí de que no había salido tan bien librado; tenía el brazo fracturado por debajo del codo. El guía, que miraba desde arriba, y al cual hice señales de apuro, corrió á buscar salvajes. Me subieron con



CHATEAUBRIAND VISITA A WASHINGTON.

cuerdas por un sendero de nutrias, y me transportaron á su aldea. Yo no tenía mas que una simple fractura; dos tablitas, un vendaje y un pañuelo, bastaron á mi curación.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

DOCE DIAS EN UNA CHOZA.—CAMBIO DE COSTUMBRES ENTRE LOS SALVAJES.—NACIMIENTO Y MUERTE.—MONTAIGNE.—CANTO DE LA CULEBRA.—PANTOMIMA DE UNA INDIA PEQUEÑITA, ORIGINAL DE MILA.

Viví doce días con mis médicos, los indios del Niagara. Allí vi pasar tribus que bajaban del Estrecho, ó

de los países situados al Mediodía y al Oriente del lago Erié. Me informé de sus usos; conseguí con pequeños regalos representaciones de sus antiguas costumbres, porque estas costumbres mismas ya no existen. Sin embargo, al principio de la guerra de la independencia americana, los salvajes se comían á los prisioneros y á los muertos: un capitán inglés sacó con un cucharón una mano de una marmita india.

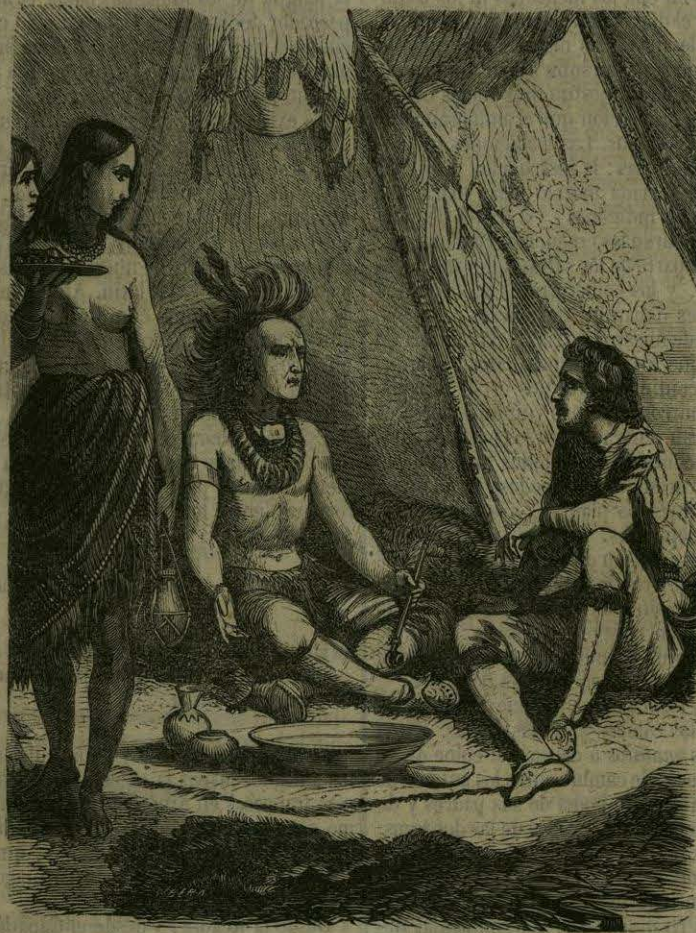
El nacimiento y la muerte es lo que menos ha perdido en los hábitos indios; esta no es moda que pasa. Se pone al recién nacido, á fin de honrarlo, el nombre mas antiguo de la casa: el de la abuela, por ejemplo; porque los nombres se toman siempre en la línea materna. Desde este momento, el niño ocupa la plaza de

la mujer cuyo nombre ha recibido, y se le da, cuando se habla, el grado de parentesco que este nombre hace revivir; así un tío puede saludar á su sobrino con el título de *abuela*. Esta costumbre, al parecer risible, es sin embargo afectuosa. Resucita á los antepasados muertos; reproduce en la debilidad de los primeros años la debilidad de los últimos; acerca las extremidades de la vida, el principio y el fin de la familia; comunica una especie de inmortalidad á los ascendientes, y los supone presentes en medio de su posteridad.

Por lo que respecta á los muertos, es fácil encon-

trar las causas de la adhesión del salvaje á las santas reliquias. Las naciones civilizadas tienen, para conservar el recuerdo de su patria, la tradición de las letras y de las artes; tienen ciudades, palacios, torres, columnas, obeliscos; tienen la huella del arado en campos antes cultivados; los nombres están esculpidos en bronce y mármol; las acciones consignadas en las crónicas.

Nada de esto tienen los pueblos de la soledad: su nombre no está escrito en los árboles; su choza, construida en pocas horas, desaparece en algunos instau-



HOSPITALIDAD DEL SACHEN DE LOS ONONDAGAS.

tes; el cayado con que hace su labor, no hace mas que rozar la tierra, sin lograr abrir un surco. Sus canciones tradicionales perecen con la última memoria que las retiene; se desvanecen con la última voz que las repite. Las tribus del Nuevo-Mundo no tienen mas que un monumento: la tumba. Quitad á los salvajes los huesos de sus padres, y les quitais su historia, sus leyes, y hasta sus dioses; robais á estos hombres, entre las generaciones futuras, la prueba de su existencia, como la de su nada.

Yo quería oír el canto de mis huéspedes. Una pequeña india de catorce años, llamada Mila, muy linda (las mujeres indias no son bonitas mas que á esta edad), cantó alguna cosa muy agradable. ¿No era la estancia de Montaigné? «Culebra, detente; detente, culebra, á fin de que mi hermana saque sobre el patron de tu

pintura la forma y la obra de un hermoso cordon que pueda dar á mi mamá; así tu belleza sea preferida á la de todas las demás culebras.»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

INCIDENTES.—ANTIGUO CANADÁ.—POBLACION INDIA.—DEGRADACION DE LAS COSTUMBRES.—VERDADERA CIVILIZACION INTRODUCIDA POR LA RELIGION.—FALSA CIVILIZACION INTRODUCIDA POR EL COMERCIO.—CORREDORES DE BOSQUES.—FACTORÍAS.—MESTIZOS Ó MULATOS.—GUERRAS DE LAS COMPAÑÍAS.—MUERTE DE LAS LENGUAS INDIAS.

Los canadenses no son ya tales como los pintaron Cartier, Champlain, La-hontan, Lescarbot, Laffi-

seau, Charlevoix y las *Cartas Edificantes*: el siglo xvi y principios del xvii era todavía la época de la imaginación y de las costumbres sencillas: lo maravilloso de aquella reflejaba una naturaleza virgen, y el candor de estas reproducía la sencillez del salvaje. Champlain, al fin de su primer viaje al Canadá, en 1603, refiere que «cerca de la bahía de los Calores, en dirección al Sur, hay una isla, en donde habita un monstruo espantoso, que los salvajes llaman *gugú*.» El Canadá tenía su gigante como el Cabo de las Tempestades tenía también el suyo. Homero es el verdadero padre de todas esas invenciones, en las que se ven siempre los Cíclopes, Caribdis y Scila, ogros ó *gugús*.

La población salvaje de la América Septentrional, no comprendiendo en ella los mejicanos ni los esquimales, no llega en el día á cuatrocientas mil almas en la parte de acá y de allá de las montañas Rocallosas: hay viajeros que solo la hacen subir á ciento cincuenta mil. La degradación de las costumbres indias ha caminado en la misma proporción que el aminamiento de la población de las tribus. Las tradiciones religiosas se han vuelto confusas: la instrucción difundida por los jesuitas del Canadá mezcló ideas extrañas á las ideas nativas de los indigenas, y á través de fábulas groseras se columbran las creencias cristianas desfiguradas; la mayor parte de los salvajes llevan cruces por vía de adornos, y los comerciantes protestantes les venden lo que les daban los misioneros católicos. Digamos en honor de nuestra patria, y para gloria de nuestra religión, que los indios nos habían cobrado gran cariño; que continuamente nos están echando de menos, y que un *ropaje negro* (un misionero) es todavía objeto de gran veneración en los bosques americanos. El salvaje continúa amándonos bajo el árbol en que fuimos sus primeros huéspedes, en el suelo que hollamos con nuestras plantas, y en donde les dejamos confiados sepulcros.

Cuando los indios andaban desnudos, ó vestidos de pieles, tenían algo de grande y noble; pero en el día, los harapos europeos, sin cubrir su desnudez, no hacen mas que poner en relieve su miseria: el indio ahora no es mas que un mendigo á la puerta de una casa de comercio, no un salvaje en sus bosques.

Por último, se ha formado una especie de población mestiza nacida de los colonos y de las Indias. Estos hombres, llamados *mulatos* á causa del color de su piel, son los corredores de cambio entre los autores de su doble origen; hablan el idioma de sus padres y de sus madres, y participan de los vicios de las dos razas. Esos bastardos de la naturaleza civilizada y de la naturaleza salvaje se venden, ora á los americanos, ora á los ingleses, para entregarles el monopolio de las pieles; mantienen las rivalidades de las compañías inglesas de la *Bahía de Hudson* y del *Noroeste*, y de las compañías americanas *Fur colombian-american company*, *Missouri's fur company* y otras; y hacen por sí mismos cazas por cuenta de los tratantes, con cazadores asalariados por las compañías.

Solo es conocida la célebre guerra de la independencia americana; pero se ignora que también ha corrido sangre por los mezquinos intereses de un puñado de comerciantes. La compañía de la *Bahía de Hudson* vendió en 1811 á lord Selkirk un terreno á orillas del río Rojo, y se puso el establecimiento en 1812. La compañía del *Noroeste*, ó del Canadá, miró eso con malos ojos, y las dos compañías, aliadas con diversas tribus indias y secundadas por los *mulatos*, vinieron á las manos. Este conflicto doméstico, horrible en sus pormenores, tenía lugar en medio de los desiertos helados de la *Bahía de Hudson*. La colonia de lord Selkirk fue destruida en el mes de junio de 1815, precisamente en la época de la batalla de Waterloo. En estos dos teatros, tan diferentes por el esplendor y por la oscuridad, eran unas mismas las desgracias de la especie humana.

No vayan á buscarse ya en América las constituciones políticas artísticamente confeccionadas, cuya historia nos traza Charlevoix; la monarquía de los hurones, la república de los iroqueses. Algo de esa destrucción se ha verificado y se verifica todavía en Europa, aun á nuestra misma vista: un poeta prusiano, en el banquete de la Orden Teutónica, cantó en antiguo prusiano, hácia el año de 1400, los hechos heroicos de los antiguos guerreros de su país: nadie le comprendió, y le dieron por recompensa cien nueces vacías. En el día el bajo-breton, el vascuence, el gótico, van pereciendo á medida que mueren los pastores de cabras y los labradores.

En la provincia inglesa de Cornualles se extinguió la lengua de los indigenas hácia el año de 1676. Un pescador decía á unos viajeros: «No conozco mas que cuatro ó cinco personas que hablen breton, y no son mas que viejos, como yo, de sesenta á ochenta años: ningún joven sabe una palabra de él.»

No existen ya tribus enteras del Orinoco, y no ha quedado de su dialecto mas que una docena de palabras pronunciadas en la cima de los árboles por papagayos que han recobrado su libertad, como el ave de Agripina, que gorgeara palabras griegas sobre las bañadas de los palacios de Roma. Tal será, tarde ó temprano, la suerte de nuestras jergas modernas, despojos del griego y del latín. Algun cuervo, escapado de la jaula del último cura franco-galo, dirá desde lo alto de un ruinoso campanario á pueblos extraños, á nuestros sucesores: «Aceptad estos últimos esfuerzos de una voz que os fue conocida; vosotros pondreis fin á todos estos discursos.»

Esforzaos ahora por ser un Bossuet, para que en último resultado vuestra obra maestra sobreviva en la memoria de un pájaro, á vuestro lenguaje y á vuestro recuerdo entre los hombres.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

ANTIGUAS POSESIONES FRANCESAS EN AMÉRICA. — RECUERDO. — MANÍAS DE LO PASADO. — BILLETE DE FRANCISCO CONYNGHAM.

Al hablar del Canadá y de la Luisiana; al mirar en los antiguos mapas la extensión de las antiguas colonias francesas en América, me preguntaba á mí mismo cómo el gobierno de mi país había podido dejar que pereciesen aquellas colonias, que en el día serian para nosotros un manantial inagotable de prosperidad.

Desde la Acadia, y desde el Canadá á la Luisiana, desde la embocadura de San Lorenzo á la del Mississippi, el territorio de la *Nueva-Francia* rodeó lo que formaba la confederación de los trece primeros Estados-Unidos: los otros once, con el distrito de la Colombia, el territorio de Michigan, del Nordeste, del Missouri, del Oregon y de Arkauras, nos pertenecian, ó nos pertenecerian, como pertenecen á los Estados Unidos, por la cesión de los ingleses y de los españoles, nuestros sucesores en el Canadá y en la Luisiana. El país comprendido entre el Atlántico al Nordeste, el mar Polar al Norte, el Océano Pacífico y las posesiones rusas al Noroeste, y el golfo mejicano al Mediodía; es decir, mas de las dos terceras partes de la América Septentrional, reconocerian las leyes de Francia.

Temo que la restauración se atraiga su ruina por las ideas contrarias á las que estoy expresando en este momento: la manía de apegarse á lo pasado, manía que no ceso de combatir, no tendria ningun funesto resultado si no hiciese mas que derribarme á mí, retirándome el favor del príncipe; pero podría muy bien suceder que derrocara el trono. La inmovilidad política es una cosa imposible, y es preciso caminar con

la inteligencia humana. Respetemos la magestad del tiempo; contemplemos con veneración los siglos pasados, consagrados por la memoria y los vestigios de nuestros padres; pero no tratemos de retroceder hácia ellos, porque nada tienen de nuestra naturaleza verdadera, y si intentáramos cogerlos, se desvanecerian. El capítulo de Nuestra Señora de Aquisgram hizo abrir, segun dicen, hácia el año de 1450, el sepulcro de Carlo-Magno. Encontróse al emperador sentado en una silla dorada, y con el libro de los Evangelios, escrito en letras de oro, en sus manos de esqueleto: delante de él estaban colocados su cetro y su escudo de oro, y á su lado tenia su *Joyeuse*, cuya vaina era de oro. Estaba revestido con el traje imperial, y sobre su cabeza, que una cadena de oro obligaba á mantenerse recta, tenia un sudario que cubria lo que fue su rostro, y al que habia sobrepuesta una corona. Tocaron al fantasma, y cayó deshecho en polvo.

Nosotros poseiamos al otro lado del mar vastas comarcas que ofrecian un asilo al excedente de nuestra población, un mercado á nuestro comercio, y un alimento á nuestra marina. En el día estamos excluidos del nuevo universo, en donde el género humano principia á desarrollarse otra vez: las lenguas inglesa, portuguesa y española, sirven en Africa, en Asia, en la Oceanía, en las islas del mar del Sur y en el continente de las dos Américas, para interpretar el pensamiento de muchos millones de hombres; y nosotros, desheredados de las conquistas de nuestro valor y de nuestro genio, apenas oimos hablar en algun rincón de la Luisiana y del Canadá, y bajo una dominación extranjera, la lengua de Colbert y de Luis XIV, que no permanece allí mas que como un testigo de los reveses de nuestra fortuna y de las faltas de nuestra política.

¿Y cuál es el rey cuya dominación reemplaza ahora la dominación del rey de Francia sobre los bosques del Canadá? El que ayer mandaba que se me escribiera este billete:

«Royal-Lodge-Windsor 4 de junio de 1822.

«Señor vizconde: Tengo orden del rey para invitar á V. E. á que venga á comer y dormir aquí el jueves 6 del corriente.

«El muy humilde y obediente servidor,

FRANCISCO CONYNGHAM.»

Era destino mio el verme atormentado por los príncipes. Me veo precisado á interrumpirme; vuelvo á pasar el Atlántico; me compongo mi brazo roto en Niagara; me despojo de mi piel de oso; vuelvo á tomar mi traje dorado; me traslado del wigwam de un iroqués al real palacio de S. M. B., monarca de los tres reinos unidos y dominador de las Indias, y dejo á mis huéspedes de orejas cortadas y á la pequeña salvaje de la perla, deseando á lady Conyngham la gentileza de Mila, con esa edad que no pertenece todavía mas que á la mas temprana primavera, á esos días que preceden al mes de mayo, y que nuestros poetas gaulas llaman la *Abrilada*.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

MANUSCRITO ORIGINAL EN AMÉRICA. — LAGOS DEL CANADÁ. — FLOTA DE CANOAS INDIAS. — RUINAS DE LA NATURALEZA. — VALLE DEL SEPULCRO. — DESTINO DE LOS RÍOS.

La tribu de la joven de la perla marchó, y mi guía, el holandés, se negó á acompañarme mas allá de la

catarata. Le pagué, y me asocié á unos traficantes que iban á bajar al Ohio. Antes de marchar dirigí una mirada sobre los lagos del Canadá, y nada me pareció mas triste que el aspecto de esos lagos. Las llanuras del Océano y del Mediterráneo abren caminos á las naciones, y sus orillas están ó estuvieron habitadas por pueblos civilizados, numerosos y poderosos: los lagos del Canadá no presentan mas que la desnudez de sus aguas, la cual va á confundirse con una tierra desierta: soledades separadas por otras soledades. Riberas sin habitantes están contemplando mares sin buques, y de las ondas desiertas se pasa á playas desiertas.

El lago Erié tiene mas de cien leguas de circunferencia: las naciones ribereñas fueron hace dos siglos exterminadas por los iroqueses. Causa espanto ver á los indios aventurarse sobre balsas de corteza de árboles en ese lago famoso por sus tempestades, en donde hormigueaban en otro tiempo millares de serpientes. Aquellos hombres cuelgan sus manitas á la popa de sus canoas, y se lanzan en medio de los torbellinos entre las olas agitadas, las cuales, al nivel de las canoas, parece que amenazan sumergirlas. Los perros de los cazadores, con las patas apoyadas sobre el borde, lanzan ahullidos, al paso que sus amos, guardando profundo silencio, hunden las olas cadenciosamente con sus pagayas. Las canoas se adelantan en fila: en la proa de la primera va en pie un gefe que repite el diptongo *oah*, la *o* con un sonido sordo y prolongado, y la *a* en un tono agudo y breve. En la última canoa va también de pie otro gefe manejando un remo en figura de timón. Los demás guerreros van sentados sobre sus talones en el fondo de las canoas. A través de la niebla y de los vientos solo se divisan las plumas que adornan las cabezas de los indios, el cuello tendido de los perros que ahullan y los hombros de los dos *sachems*, piloto y augur, á quienes se podría tomar por los dioses de aquellos lagos.

Los rios del Canadá carecen de historia en el antiguo mundo: muy distinto es el destino del Ganges, del Éufrates, del Nilo, del Danubio y del Rhin. ¡Cuántos cambios no han visto estos en sus orillas! ¡Cuánto sudor y sangre han hecho derramar los conquistadores para atravesar en sus corrientes esas ondas que un pastor salva de un brinco en su nacimiento!

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CURSO DEL OHIO.

Luego que dejamos los lagos del Canadá, vinimos á Pittsburg, en donde confluyen el Kentucky y el Ohio: allí despliega el paisaje una pompa extraordinaria. Aquel país tan magnífico se llama no obstante Kentucky, del nombre de su rio, que significa *rio de sangre*, y que es llamado así á causa de su belleza. Por espacio de mas de dos siglos las naciones del partido de los cherokis y del partido de las naciones iroquesas estuvieron disputándose sus cazas.

¿Serán las generaciones europeas mas virtuosas y mas libres en aquellas orillas que lo fueron las generaciones americanas exterminadas? ¿No labran esclavos la tierra, amenazados con el látigo de sus amos, en aquellos desiertos de la primitiva independencia del hombre? ¿No reemplazarán cárceles y horcas á la caña abierta y al alto tulipar, en donde el pájaro hace su nido? ¿No hará nacer nuevas guerras la riqueza del suelo? ¿Dejará el Kentucky de ser la *tierra de sangre*? ¿Embellecerian mejor las orillas del Ohio los monumentos de las artes que los monumentos de la naturaleza?

Después de pasar el Wabach, la gran Cypriera, el rio de las Alas ó Cumberland, el Cherokee ó Tennesee, y los Bancos Amarillos, se llega á una lengua de tierra

cubierta muchas veces por las aguas, y allí es donde confluyen el Ohio y el Mississipi, á los treinta y seis grados cincuenta y un minutos de latitud. Allí los dos rios, oponiéndose una resistencia igual, cesan en su curso, y duermen uno al lado de otro, sin confundirse, por espacio de algunas millas en un mismo canal, como dos grandes pueblos divididos por su origen y reunidos luego para no formar mas que una sola raza; como dos ilustres rivales que comparten una misma cama despues de una batalla; como dos esposos de sangre enemiga que se sienten poco inclinados en un principio á confundir en el lecho nupcial sus destinos.

Y yo tambien, á la manera de las poderosas urnas de los rios, he dirigido el pequeño curso de mi vida, ora á un lado de la montaña, ora al otro; caprichoso en mis errores, pero nunca maléfico, prefiriendo los vales pobres á las ricas llanuras, y deteniéndome en las flores mas bien que en los palacios. Por lo demás, me hallaba tan encantado con mis excursiones, que apenas me acordaba ya del polo. Una caravana de traficantes, que venia de los Creeks en las Floridas, me permitió reunirme á ella.

Dirigímonos hácia los paises conocidos entonces con el nombre general de las Floridas, y en donde se extienden hoy los Estados de la Alabama, la Georgia, la Carolina del Sur y el Tennessee. Seguimos sobre poco mas ó menos los senderos que en el dia unen el gran camino de los Natchez á Nashville por Jackson y Florencia, y entra luego en Virginia por Knoxville y Salem, pais poco frecuentado en aquel tiempo, y cuyos lagos y sitios habia explorado sin embargo Bertram. Los plantadores de la Georgia y de las Floridas marítimas venian hasta las diversas tribus de los creeks á comprar caballos y bestias semi-salvajes, que se multiplicaban hasta lo infinito en las sábanas perforadas por aquellos pozos, á orilla de los cuales hice reposar á *Atala* y *Chactas*. Tambien extendian sus excursiones hasta el Ohio.

Ibamos empujados por un viento fresco. El Ohio, engruesado con otros cien rios, tan pronto iba á perderse en los lagos que se abrian delante de nosotros, como en los bosques. Elevábanse islas en medio de los lagos, y haciendo vela hácia una de las mayores, llegamos á ella á las ocho de la mañana.

Atravesé una pradera sembrada de jacobeeas de amarillas flores, de alceas de rosados penachos, y de obe-larias de púrpúreos matices.

Hirió mi vista una ruina india. El contraste de aquella ruina y de la juventud de la naturaleza, aquel monumento de los hombres en un desierto, causaba grande impresion. ¿Qué pueblo habitó en aquella isla? ¿Cuál fue su nombre, su raza, el tiempo de su paso? ¿Vivia cuando el mundo, en cuyo seno estaba oculto, permanecia ignorado de las otras tres partes de la tierra? El silencio de aquel pueblo es quizá contemporáneo del ruido de algunas grandes naciones, que á su vez han caido en el silencio (1).

De las quebradas arenosas y de las ruinas de los túmulos salian adormideras de rosadas flores, pendientes del extremo de un pedúnculo inclinado, de un verde pálido. El tallo y la flor tienen un aroma que se queda apegado á los dedos cuando se toca la planta. El aroma que sobrevive á aquella flor, es una imagen del recuerdo de una vida pasada en la soledad.

Observé á la nimfea, la cual se preparaba á ocultar su lirio blanco en la onda al terminarse el dia: el árbol triste no esperaba mas que la noche para abrir el suyo: la esposa se acuesta á la hora en que la cortesana se levanta.

La *anotera* piramidal, de siete á ocho piés de altu-

(1) Las ruinas de Mitla y de Palenque, en Méjico, prueban hoy dia que el Nuevo-Mundo puede disputar su antigüedad con el antiguo.

(Paris, nota de 1834.)

ra, y de hojas oblongas dentadas, de un verde oscuro, tiene otras costumbres y otro destino: su flor, amarilla, empieza á entreabrirse por la tarde en el espacio de tiempo que emplea *Venus* para ocultarse bajo el horizonte, y continúa abriéndose á la luz de las estrellas: la aurora la encuentra en toda su lozanía; á la mitad de la mañana se marchita, y cae al medio día. No vive mas que algunas horas, pero esas las pasa bajo un cielo sereno, entre los halitos de *Venus* y de la aurora: ¿qué importa en ese caso la brevedad de la vida?

Un arroyo se engalanaba con dioneas, alrededor de las cuales zumbaban una multitud de efimeras. Tambien habia pájaros-moscas y mariposas, que con sus brillantes matices disputaban en hermosura con la variedad de colores de la floresta. En medio de aquellos paseos y estudios, me venia al pensamiento la idea de su futilidad. ¿Cómo! ¿La revolucion que pesaba ya sobre mí y me arrojaba á los bosques no me inspiraba ideas mas graves, y precisamente en las horas de trastorno de mi país era cuando me ocupaba de descripciones y plantas, de mariposas y flores? La individualidad humana sirve para medir la pequeñez de los mas grandes acontecimientos. ¿Cuántos hombres hay indiferentes á esos acontecimientos! ¿Cuántos otros habrá que los ignoren! La poblacion general del globo está calculada en mil ciento á mil doscientos millones: por cada *segundo* muere un hombre, y de consiguiente en cada *minuto* de nuestra existencia, de nuestras sonrisas, de nuestras alegrías, espiran sesenta hombres y gimen y lloran sesenta familias. La vida es una peste permanente. Esta cadena de luto y de funerales que nos oprime, no se rompe, se prolonga, y nosotros mismos formamos un eslabon de ella. ¡Enaltezcamos luego la importancia de esas catástrofes, de que no oírán hablar jamás las tres cuartas partes y media del mundo! ¡Corramos en pos de un renombre que no volará sino algunas leguas alrededor de nuestra tumba! ¡Sumerjámonos en el océano de una felicidad, de la que cada minuto se pasa entre sesenta ataúdes que se renuevan sin cesar!

Num nox nulla diem neque noctem auroa sequuta est,
qua non audierit mixtos vagitibus agris
ploratus, mortis comites et funeris atri.

«Ningun dia ha seguido á una noche; ninguna noche ha sido seguida de la aurora, que no haya oído llantos mezclados con dolorosos quejidos; compañeros de la muerte y de los lúgubres funerales.»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FUENTE DE JUVENCIO.—MUSCOGULGOS Y SIMINOLES.—
NUESTRO CAMPO.

Los salvajes de la Florida cuentan que en medio de un lago hay una isla habitada por las mujeres mas hermosas del mundo. Los muscogulgos han intentado mil veces conquistarla; pero aquel Eden huye ante las canoas, imagen natural de esas quimeras que huyen ante nuestros deseos.

Ese país contenia tambien una fuente de *Juvenio*: ¿quién desearia revivir?

Poco faltó para que esas fábulas tomasen á mis ojos una especie de realidad. Cuando menos lo esperábamos, vimos salir de una bahía una flotilla de canoas, unas con remos y otras con velas, que abordaron á nuestra isla. Conducian dos familias de creeks, una muscogulga y otra siminole, entre las cuales habia cheroquis y mulatos. Chocóme sobre manera la elegancia de aquellos salvajes, que en nada se asemejaban á los del Canadá.

Los siminoles y los muscogulgos son de estatura

mas que regular, y, por un contraste extraordinario, sus madres, sus esposas y sus hijas, son la raza mas pequeña de mujeres que se conoce en América.

Las indias que desembarcaron en donde estábamos nosotros, oriundas de sangre cheroqui y castellana á la vez, era de elevada estatura. Dos de ellas se asemejaban á las criollas de Santo-Domingo y de la isla de Francia; pero eran jóvenes y delicadas como las mujeres del Ganges. Esas dos florideñas, primas por parte de padre, me sirvieron de modelos, una para *Atala* y otra para *Celuta*: únicamente sobrepujaban á los retratos que he hecho de ellas en esa verdad de naturaleza variable y fugitiva, y en esa fisonomía de raza y de clima que no me fue posible reproducir. Habia cierta cosa indefinible en aquel semblante ovalado, en aquella tez sombreada, que parecia ver uno á través de un vapor anaranjado y ligero, en aquellos cabellos tan negros y suaves, en aquellos ojos tan rasgados y medio ocultos bajo el velo de dos párpados de raso, que se entreabrían con lentitud, en la doble seducción, en fin, de la india y de la española.

La reunion de nuestros huéspedes cambió en algun tanto nuestras costumbres; nuestros tratantes principiaron á buscar caballos, y se resolvió que iríamos á establecernos en las cercanías de los haras.

La llanura de nuestro campo estaba cubierta de toros, vacas, caballos, bisontes, búfalos, grullas, pavos y pelícanos; estas aves matizaban de blanco, negro y rosa el fondo verde del campo.

Muchas pasiones agitaban á nuestros traficantes y á nuestros cazadores; no de esas pasiones de clase, de educacion, de preocupaciones, sino pasiones enteramente de la naturaleza; de esas que van directamente á su objeto, y tienen por testigos un árbol desgajado en el fondo de una selva desconocida; un valle que nadie puede volver á encontrar; un rio sin nombre. Las relaciones de los españoles con mujeres creeks constituian el fondo de las aventuras: los mulatos hacian el principal papel en esas novelas. Habia una historia célebre; la de un comerciante en aguardiente, seducido y arruinado por una joven pintada (una cortesana). Esta historia, contada en versos siminoles, con el nombre de *Tabamica*, se cantaba al pasar los bosques (1). Arrebatadas á su vez las indias por los colonos, morian muy luego abandonadas en Panzicola: sus desgracias iban á aumentar los romanceros y á ocupar un lugar al lado de las quejas de Jimena.

DOS FLORIDEÑAS.—RUINAS SOBRE EL OHIO.

La tierra es una madre cariñosa, de cuyo seno salimos nosotros: en la infancia nos da sus pechos hinchados de leche y miel; en la juventud y en la edad madura nos prodiga sus frescas aguas, sus cosechas y sus frutos, y en todas partes nos ofrece sombra, baño, mesa y lecho: á nuestra muerte vuelve á abriarnos sus entrañas y cubre nuestros despojos con un manto de yerbas y flores, hasta que nos transforma secretamente en su propia sustancia para reproducirnos bajo alguna graciosa forma. Tales eran las reflexiones que me asaltaban al despertarme, cuando mi primera mirada encontraba el cielo, que era la cúpula de mi lecho.

Como los cazadores se marchaban para sus ocupaciones del dia, me quedaba con las mujeres y los hijos, y nunca me separaba de mis dos silvanas, de las cuales una era altiva y otra melancólica. Yo no entendia una palabra de lo que me hablaban, ni ellas tampoco me comprendían; pero yo iba á buscarles el agua para su copa, los sarmientos para su lumbre, los musgos para su cama. Ellas vestian el zagalejo corto

(1) La he insertado en mis viajes.

(Nota de Ginebra de 1852.)

y las mangas anchas, cortadas á la española, y el corpiño y manto indios. Sus piernas desnudas estaban rodeadas de encajes de álamo blanco; sujetaban sus cabellos con ramilletes ó filamentos de juncos, y se prendian con cadenas y collares de vidrio. Pendian de sus orejas simientes purpúras, y llevaban una linda cotorra que hablaba, el ave de Armida, ó bien sujeta en el hombro á manera de esmeralda, ó bien en la mano, como las damas nobles del siglo x llevaban el gavilán. Para fortalecerse el seno y los brazos, se frotaban con el apoya ó juncia de América. En Bengala las bayaderas mastican el betel, y en Levante los almeos chupan la almácea de Chio: las florideñas trituraban entre sus dientes, de un blanco azulado, lágrimas de *liquidambar* y raíces de *libanis*, que reunian la fragancia de la angélica, del cedro y de la bainailla. Así vivian en una atmósfera de aromas que destilaban ellas mismas como los naranjos y las flores en las puras emanaciones de sus hojas y de sus cálices. Entreteníame á veces en colocar algun adorno sobre su cabeza, á lo que se prestaban con una dulce timidez, pues, como magas, creian que yo les ponía algun filtro. Una de ellas, la *altiva*, oraba con frecuencia, y me parecia medio cristiana: la otra cantaba con una voz melodiosa, lanzando al fin de cada frase un grito que trastornaba. A veces hablaban con viveza, y creia entrever en sus acentos un sentimiento de zelos; pero la melancólica lloraba, y volvía á reinar el silencio.

Siendo yo débil, buscaba ejemplos de debilidad á fin de animarme. Camoens habia amado en las Indias á una esclava negra de Berbería; y ¿no podria yo ofrecer en América mis obsequios á dos jóvenes sultanas juncales? ¿No habia dirigido Camoens endechas ó estancias á *Barbara Esclava*? No le habia dicho:

Aquella cautiva,
Que me ten cautivo
Porque nella vivo,
Ya naa quer que viva.
En nunqua vi rosa
Em suavos molhos.
Que para meus olhos
Fosse mais formosa
Pretidao de amor
Tao doce figura
Que á neve lhe jura
Que trocara á cor.
Leda mansidaa
Que ó siso acompanha
Bem parece estranha
Mas barbara naa.

«Aquella cautiva que me tiene cautivo, porque vivo en ella, no quiere que viva; jamás una rosa en suaves ramilletes pareció mas bella á mis ojos...

»Su negra cabellera inspira el amor: su rostro es tan dulce, que la nieve trocara su color con él; su alegría está acompañada de reserva: bien podrá parecer una extranjería, pero no una bárbara.»

Se dispuso una partida de pesca á tiempo que el sol se acercaba á su ocaso. En primer término se ofrecian á nuestra vista los safafrás, los tulipares, los catalpas y las encinas, cuyo ramaje ostentaban madejas de musgo blando. En segundo término se elevaba el mas hermoso de los árboles, el papayero, que cualquiera habria tomado por una aguja de plata cincelada que sostenia una urna corintia. En tercer término dominaban las balsaminas, las magnolias y los liquidámbares.

El sol descendió detrás de aquel cortinaje: un rayo de luz que atravesaba la cúpula de un oquedal brillaba como un carbunco engastado en el sombrío follaje; la luz, abriéndose paso entre los troncos y ramas, proyectaba sobre los céspedes columnas que se agrandaban y arabescos que se movían. Por lo bajo se veían lilos, azaleas, lianas anulares de tallos gigantesco: en lo alto nubes, fijas unas como promontorios ó torres

antiguas, móviles otras como vapores de rosa ó copos de seda. Por efecto de transformaciones sucesivas, se veía en esas nubes abrirse bocas de hornos, amontonarse pilas de ascuas ó correr ríos de lava, presentando un conjunto sorprendente, lujoso, dorado, brillante saturado de luz.

A consecuencia de la insurrección de la Morea, en 1770, se refugiaron en la Florida varias familias griegas, que pudieron creerse todavía en ese clima de la Jonia que parece haberse enervado con las pasiones de los hombres. En Smirna duerme por la noche la naturaleza, como una cortesana lastiada de amor.

A nuestra derecha se veían unas ruinas pertenecientes á las grandes fortificaciones halladas sobre el Ohio: á nuestra izquierda teníamos un antiguo campamento de salvajes. La isla en que estábamos, clavada en las olas, y reproducida por un espejismo, mecia delante de nosotros su doble perspectiva. A la parte de Oriente reposaba la luna sobre lejanas colinas; á la de Occidente la bóveda del cielo aparecía fundida en un mar de diamantes y záfros, en el que parecía diluirse el sol medio sumergido. Los animales de la creación estaban en vela; la tierra, prostrada, parecía incensar al cielo, y el ámbar que exhalaba de su seno volvía á caer sobre ella en rocío, como la oración sobre el que ora.

Habiendo dejado á mis compañeros, quise descansar al lado de un grupo de árboles: su oscuridad, helada de luz, formaba la penumbra en donde yo estaba sentado. Entre los arbustos encrespados brillaban moscas relucientes, que se eclipsaban cuando pasaban en las irradiaciones de la luna. Oíase el flujo y reflujo del lago, los saltos del pez de oro y el extraño grito del ánade que se sumerge. Mis ojos estaban fijos en el agua, y poco á poco fui cayendo en esa somnolencia conocida de los hombres que recorren los caminos del mundo. Ningun recuerdo claro me quedaba, y se me figuraba que vivía y vegetaba con la naturaleza en una especie de panteísmo. Recostéme contra el tronco de una magnolia, y me dormí: mi descanso se mecia sobre un fondo de vagas esperanzas.

Cuando salí de ese leteo, me encontré entre dos mujeres: las odaliscas habían venido, y no quisieron despertarme. Habíanse sentado en silencio á mis dos lados, y ora fuese que fingiesen dormir, ora que estuviesen realmente dormidas, tenían apoyadas sus cabezas sobre mis hombros.

Atravesó la brisa el bosquecillo, y nos inundó con una lluvia de hojas de magnolia. Entonces la más joven de las siminoles se puso á cantar: ¡el que no esté seguro de su vida, guárdese de exponerla nunca así. No es posible saber lo que es una pasión infiltrada con la melodía en el seno del hombre. A aquella voz respondió la voz ruda y zelosa de un hombre: era un *mulato* que llamaba á las dos primas. Extremecieronse estas, y se levantaron; la aurora principiaba á despuntar.

Exceptuando á Aspasia, he vuelto á encontrar la misma escena en las riberas de Grecia: subido una aurora en las columnas del Parthenon, he visto el Citheron, el monte Hymeto, el Acrópolis de Corinto, los sepulcros, las ruinas bañadas en un rocío de luz dorada, trasparente y ligera que reflejaban los mares y difundían como un perfume los céfiros de Salamina y de Delos.

Acabamos nuestra navegación en la ribera sin hablar mas palabra. Al medio día se levantó al campo para examinar unos caballos que los crecks querían vender y los traficantes comprar. Mujeres y niños, todos estaban convocados como testigos, segun costumbre, en los mercados solemnes. Los caballos padres de todas edades y de toda clase de pelos; los potros y las yeguas, juntamente con los toros, vacas y terneros, principiaron á huir y á galopar alrededor nuestro. En aquella confusion me encontré separado de los crecks.

Un grupo bastante numeroso de hombres y caballos se aglomeró á orillas de un bosque. De repente veo de lejos á mis dos florideñas, á quienes unas manos vigorosas colocaban á la grupa en dos caballos que mentaban en pelo un *mulato* y un siminol. ¡Oh, Cid! ¿Qué no hubiese tenido tu ligero Babeica para unirme á ellas! Las yeguas echan á andar, y les sigue todo aquel inmenso escuadron. Los caballos botan, saltan, brincan y relinchan en medio de los cuernos de los búfalos y de los toros; chócense en el aire sus cascos, y sus colas y crines flotan teñidas en sangre. Un torbellino de insectos devoradores zumba en torno de aquella cabalgata salvaje. Mis florideñas desaparecen como la hija de Ceres arrebatada por el dios de los infiernos.

Véase cómo todo aborta en mi historia, y solo me quedan imágenes de lo que ha pasado tan pronto: yo bajaré á los Campos-Eliseos con mas sombras de las que ningun hombre ha podido llevar consigo. La culpa es de mi organizacion, porque yo no sé aprovecharme de ninguna fortuna, ni puedo tomar interés por nada de lo que interesa á los demás hombres. Exceptuando el punto de religion, no tengo creencia alguna. Ora fuese pastor ó rey, ¿qué habria hecho de mi cetro ó de mi cayado? Me habria cansado igualmente de la gloria y del genio, del trabajo y del ocio, de la prosperidad y del infortunio. Todo me cansa: advierto con pena mi hastío con el trascurso de mis días, y no hago mas que bostezar la vida.

QUIENES ERAN LAS JÓVENES MUSCOGULGAS.—PRISION DEL REY EN VARENNES.—INTERRUMPO MI VIAJE PARA VOLVER Á EUROPA.

Ronsard nos pinta á María Estuardo cuando se disponía á marchar á Escocia, despues de la muerte de Francisco II.

«Con semejante traje os hallábais engalanada y abandonábais el hermoso país, cuyo cetro habeis empuñado, cuando pensativa, y bañado vuestro seno en el hermoso cristal de vuestras lágrimas desprendidas, paseábais tristemente por las largas arboledas del gran jardín de aquel real sitio que toma su nombre del manantial de una fuente.»

¿Me asemejaba yo á María Estuardo paseándose en Fontainebleau, cuando me paseaba en mi campo despues de mi viudez? Lo que puedo asegurar es que mi espíritu estaba envuelto en un *crespon largo, sutil y suelto*, como dice el mismo Ronsard, antiguo poeta de la nueva escuela.

Habiéndome arrebatado el diablo las jóvenes muscogulgas, supe por el guía que un *mulato*, que estaba enamorado de una de ellas, había concebido zelos de mí, y resolvió con un siminol hermano de la otra prima robarme á *Atala* y *Celuta*. Los guías la llamaban sin escrúpulo *mujeres pintadas*, lo cual no dejaba de herir mi vanidad, y me creía tanto mas humillado, cuanto que el *mulato*, mi rival preferido, era un manguino flaco, feo y negro, que tenía todos los caracteres de esos insectos que, segun los etimologistas del gran Lama, son unos animales que tienen la carne por dentro y los huesos por fuera. La soledad me pareció vacía despues de mi contratiempo, y acogí mal á mi sílfide, que acudió generosamente á consolar á un infiel, como Julia cuando perdonaba á Saint-Preux sus florideñas de París. Me apresuré á abandonar aquel desierto, en donde mas adelante procuré reanimar á las que me acompañaron una noche en mi sueño. No sé si les he dado la vida que ellas me dieron; pero á lo menos, y como por expiación, he hecho de la una una virgen y de la otra una casta esposa.

Volvimos á pasar las montañas Azules, y nos acercamos á los desmontes europeos, hácia Chillicothe. Yo no había adquirido la menor luz sobre el objeto

principal de mi empresa, pero en cambio iba lleno de un mundo de poesía:

«Como una abeja joven, engraida en las rosas volvia mi musa cargada con su botín.»

Divisé á orillas de un arroyo una casa americana, casa de labor en uno de sus piñones y molino en el otro; pedí comida y alojamiento, y fui bien recibido.

Mi patrona me condujo por una escalera á un cuarto, que estaba encima del eje de la máquina hidráulica. Mi pequeña ventana, guarnecida de yedra y de cobeas de campanitas de iris, daba al arrollo que corria estrecho y solitario entre dos espesas filas de saucos, alisos, sasafrás, tamarindos y álamos de la Carolina. La rueda espumosa giraba bajo la sombra de aquellos árboles, haciendo caer largas cintas de agua. Las penceas y truchas saltaban entre la agitada espuma; de una á otra orilla volaban aguzanieves, y variedad de alciones agitaban por encima de la corriente sus alas azules.

¿No habria estado allí dulcemente alojado con la *melancólica*, suponiendo que fuese fiel, sentado á sus piés y con la cabeza recostada sobre sus rodillas, escuchando el ruido de la cascada, las vueltas de la rueda, el traqueteo del molino, el sonido del arnero y los acompasados golpes de la cítola, y respirando la frescura del agua y el olor de las cebadas?

Llegó la noche, y bajé al cuarto de la labranza, que estaba iluminado solamente por pajas de maíz y cáscaras de judías, que hacían llama en el hogar. Las escopetas del amo, colgadas horizontalmente al portar armas, brillaban al reflejo de la lumbre. Sentéme en un escabel á un rincón de la chimenea, junto á una ardilla que saltaba alternativamente desde el lomo de un gran perro á la meseta de un torno. Un galito se posesionó de mi rodilla para contemplar aquel juego. La molinera puso al fuego una enorme marmita, cuyo negro fondo abrazó al punto la llama como una corona de oro dentada. Mientras que las patatas destinadas para mi comida hervían á mi cuidado, me entretuve en leer á la luz de la llama y bajando la cabeza un periódico inglés, que había caído al suelo entre mis piernas, y encontré escrito en gruesos caracteres lo siguiente: *Flight of the King* (Fuga del rey). Era aquello el relato de la evasión de Luis XVI y de la prision del infortunado monarca en Varennes. El periódico refería tambien los progresos de la emigracion y la reunion de los oficiales del ejército bajo la bandera de los príncipes franceses.

Efectuóse en mi espíritu una súbita conversion: Reinaldo vió su debilidad en el espejo del honor en los jardines de Armida, y sin ser yo el héroe del Taso, el mismo espejo me ofreció mi imagen en medio de un vergel americano. El ruido de las armas, el tumulto del mundo resonaron en mi oído bajo el techo de un molino oculto en bosques ignorados. Interrumpí de repente mi camino, y me dije: «Vuelve á Francia.»

De este modo lo que creí un deber trastornó mis primeros designios, y acarrió la primera de esas peripecias con que ha sido marcado el curso de mi vida. Los Borbones no necesitaban que un segundón de Bretaña volviese de ultramar para ofrecerles su oscura adhesión, así como tampoco tuvieron necesidad de sus servicios cuando salió aquel de su oscuridad. Si continuando mi viaje hubiese encendido mi pipa con el periódico que hizo cambiar mi vida, nadie habria echado de ver mi ausencia. Mi existencia era entonces tan ignorada y pesaba tan poco como el humo de mi pipa. Una simple disputa entre mi conciencia y yo me arrojó en el teatro del mundo. Habría podido callar todo que hubiese querido, puesto que yo fui el único testigo del debate; pero precisamente de todos los testigos es aquel á cuyos ojos temeria mas avergonzarme.

¿Por qué las soledades de Erié y Ontario se presen-

tan hoy á mi imaginacion con un encanto que no tiene en mi memoria el brillante espectáculo del Bósforo? Porque en la época de mi viaje á los Estados-Unidos estaba lleno de ilusiones; las revueltas de la Francia comenzaban al mismo tiempo que mi existencia, nada estaba concluido en mí, ni en mi país. Estos días me son dulces, porque me recuerdan la inocencia de los sentimientos inspirados por la familia y los placeres de la juventud.

Quince años mas tarde, despues de mi viaje á Levante, la república, llena de ruinas y anegada de lágrimas, se había echado como un torrente del diluvio en brazos del despotismo. Yo no me alimentaba de quimeras: mis recuerdos nacidos en la sociedad y las pasiones, habían perdido su candor. Defraudando en mis dos peregrinaciones á Occidente y á Oriente, no había descubierto el paso al polo; no había robado la gloria á las orillas del Niágara; donde había ido á buscarla, y la había dejado sentada en las ruinas de Atenas.

Saliendo para viajar por América, regresando para ser soldado en Europa, no llegué al término de ninguna de las dos carreras: un mal genio me arrancó el baston y la espada, y me puso la pluma en la mano. Hay otros quince años que estando en Esparta, y contemplando el cielo durante la noche, me acordaba de los países que habían visto mi sueño pacífico ó turbulento: entre los bosques de Alemania, en los matorrales de Inglaterra, en los campos de Italia, en medio del mar, en las selvas del Canadá, había yo saludado las mismas estrellas que veía brillar sobre la patria de Elena y de Menelao. Pero, ¿qué me servía quejarme á los astros, inmóviles testigos de mi destino vagabundo? No se cansará un día su mirada en perseguirme; ahora, indiferente á mi suerte, no les pediré que me vuelvan lo que el viajero deja de su vida en los lugares por donde pasa.

Si volviese á ver ahora los Estados Unidos, ya no los conocería: donde dejé florestas, encontraría campos cultivados; donde yo he tenido que abrirme un sendero, viajaría por caminos reales; en los Natchez, en lugar de la choza de Celuta, se levanta una ciudad de cinco mil habitantes; Chactas podría ser hoy diputado en el congreso. He recibido últimamente un folleto impreso en los *Cherokis*, que me ha sido dirigido en interés de estos salvajes, como *al defensor de la libertad de imprenta*.

Hay entre los muscogulgos, los siminoles, los chickasas, una ciudad de Atenas, otra de Maraton, otra de Cartago, otra de Memphis, otra de Esparta, otra de Florencia; se halla un condado de la Colombia, y un condado de Marengo; la gloria de todos los países ha colocado un nombre en estos países, donde yo he hallado al P. Aubri y la oscura Atala. El Kentucky muestra un Versailles; un territorio llamado Borbon tiene por capital un París. Todos los desterrados, todos los oprimidos que se han retirado á América, han llevado allí un recuerdo de su patria.

.....Falsi Simoentis ad undam
Libatát cineri Andromache

Los Estados-Unidos, ofrecen en su seno, bajo la protección de la libertad, una imagen y un recuerdo de la mayor parte de los lugares célebres de la antigüedad y de la moderna Europa; en su jardín de la campaña de Roma, Adriano había hecho repetir los monumentos de su imperio.

Treinta y tres grandes caminos parten de Washington, como en otros tiempos partían las vías romanas del Capitolio, y llegan ramificándose á la circunferencia de los Estados-Unidos, trazando un círculo de veinte y cinco mil setecientos cuarenta y siete millas. Hay postas montadas en un gran número de estos caminos. Se toma la diligencia para el Ohio ó el Niágara, como se tomaba en mi tiempo un guía ó un intér-

prete indio. Estos medios de transporte son dobles; lagos y rios existen por todas partes, unidos por canales; se puede viajar á lo largo de los caminos de tierra en chalupas de remos y velas, ó en barcos de vapor. El combustible es inagotable, porque hay inmensos bosques cubiertos de minas de carbon á flor de tierra.

La poblacion de los Estados-Unidos se ha aumentado de diez en diez años, desde 1790 á 1820, en la proporción de treinta y cinco individuos por ciento. Se presume que en 1830 será de doce millones ochocientas setenta y cinco mil almas. Si continuase doblando cada veinte y cinco años, sería en 1835 de veinte y cinco millones setecientas cincuenta mil almas, y en 1880 pasaria de cincuenta millones.

Esta savia humana hace florecer por todas partes el desierto. Los lagos del Canadá, antes sin velas, se parecen hoy á diques, donde se cruzan fragatas, corbetas, góndolas, con piraguas, canoas, navíos, chalupas, en las aguas de Constantinopla.

El Mississippi, el Missouri, el Ohio, no corren ya por la soledad; mas de trescientos barcos de vapor los remontan y vivifican las costas.

Esta inmensa navegacion interior, que bastaria por sí sola para la prosperidad de los Estados-Unidos, no disminuye sus expediciones lejanas. Sus buques corren todos los mares; se entregan á toda especie de empresas; pasean el pabellon estrellado á lo largo de estas playas de la aurora, que no han conocido mas que la esclavitud.

Para completar este cuadro sorprendente, es preciso representarse ciudades como Boston, Nueva-York, Filadelfia, Baltimore, Charlestown, Savannah, la Nueva-Orleans, alumbradas por la noche, llenas de caballos y carruajes, adornadas de cafés, museos, bibliotecas, salones de baile, teatros, ofreciendo todos los placeres de lujo.

Sin embargo, es preciso no buscar en los Estados-Unidos lo que distingue al hombre de los otros seres de la creacion, lo que es su certificado de inmortalidad y el ornamento de su vida; las letras son desconocidas en la nueva república, aunque sean llamadas por una multitud de establecimientos. El americano ha reemplazado las operaciones intelectuales con las operaciones positivas; no imputeis á inferioridad su mediocridad en las artes, porque no ha dirigido su atención hácia este lado. Arrojado por diferentes causas á un suelo desierto, la agricultura y el comercio han sido el objeto de sus cuidados; antes de pensar, se necesita vivir; antes de plantar árboles, es menester cortarlos, á fin de labrar. Los colonos primitivos, lleno el espíritu de controversias religiosas, llevaban, es cierto, la pasión de la disputa hasta el seno de las florestas; pero era preciso que marcharan al principio á la conquista del desierto con el hacha á la espalda, no teniendo por pupitre en el intervalo de sus labores mas que el olmo que labraban. Los americanos no han recorrido los grados de la edad de los pueblos; han dejado en Europa su infancia y su juventud; las palabras sencillas de la cuna les han sido desconocidas; no han gozado de las dulzuras del hogar doméstico sino á través del sentimiento de una patria que jamás habían visto, y de la que lloraban su eterna ausencia y el encanto que se les habia referido.

No hay en el nuevo continente ni literatura clásica, ni romántica, ni india; clásica, porque los americanos no tienen modelos; romántica, porque no tienen edad media; india, porque desprecian á los salvajes, y tienen horror á los bosques como á una prision que les era destinada. Así, no es la literatura aparte, la literatura propiamente dicha, la que se halla en América; es la literatura aplicada, sirviendo á diversos usos de la sociedad; es la literatura de los obreros, de los negociantes, de los marinos y labradores. Los americanos están adelantados en la mecánica y las ciencias, porque

las ciencias tienen un lado material; Franklin y Fulton se han apoderado del rayo y del vapor en provecho de los hombres. Correspondia á la América dotar al mundo con un descubrimiento que hiciera fácil descubrir, al que lo emprendiera todos los continentes.

La poesia y la imaginacion, patrimonio de un reducido número de desocupados, son miradas en los Estados-Unidos como puerilidades de la primera y última edad de su vida; los americanos no han tenido infancia; no tienen todavía ancianidad.

De aquí resulta que los hombres, dedicados á estudios serios, han debido pertenecer necesariamente á los negocios de su país para conocerlos, y han debido ser actores de su revolucion. Pero una cosa triste es de notar: la degeneracion pronta del talento, desde los primeros hombres de las revueltas americanas, hasta los hombres de estos últimos tiempos; y sin embargo, estos hombres se tocan. Los antiguos presidentes de la república tenían un carácter religioso, simple, tranquilo, elevado, de que no se halla un rastro en nuestras escenas sangrientas de la república y del imperio. La soledad de que los americanos se hallaban rodeados ha influido sobre su naturaleza; han cumplido en silencio su emancipacion.

El discurso de despedida de Washington al pueblo de los Estados-Unidos podria haber sido pronunciado por los parsonajes mas graves de la antigüedad:

«Los actos públicos, dice, prueban hasta qué punto me han guiado los principios que he recordado en el cumplimiento de los deberes de mi cargo. Mi conciencia me dice al menos que los he seguido. Aunque repasando los actos de mi administracion no tengo conocimiento de ninguna falta de intencion, tengo un sentimiento demasiado profundo de mis defectos para no conocer que probablemente habré cometido muchas faltas. Cualesquiera que sean, yo suplico al Todo-poderoso que repare los males que puedan acarrear.»

«Yo tambien llearé conmigo la esperanza de que mi país no dejará de considerarlas con indulgencia, y que despues de cuarenta y cinco años de mi vida, dedicados al servicio de mi patria con celo y rectitud, las faltas de un mérito insuficiente caerán en olvido, como caeré yo mismo muy pronto en la mansion del reposo.»

Jefferson, en su habitacion de Monticello, escribió despues de la muerte de uno de sus dos hijos:

«La pérdida que yo he sufrido es verdaderamente grande. Otros pueden perder lo que tienen en abundancia; pero yo de lo estrictamente necesario tengo que llorar la mitad. La declinacion de mis dias pende solo del débil hilo de una vida humana. ¡Tal vez estoy destinado á ver romper este último lazo del afecto de un padre!»

La filosofía, rara vez tierna, lo es aquí en alto grado. Y no es el dolor ocioso de un hombre que no se ha mezclado en nada; Jefferson murió el 4 de julio de 1826, á los ochenta y cuatro años de edad, y á los cincuenta y cuatro de la independencia de su país. Sus restos descansen bajo una losa, no teniendo mas epitafio que estas palabras: «Tomás Jefferson, autor de la declaración de independencia.»

Pericles y Demóstenes hébian pronunciado la oracion fúnebre de los jóvenes griegos muertos por un pueblo que desapareció detrás de ellos; Brackenrige, en 1817, celebraba la muerte de los jóvenes americanos, de cuya sangre habia nacido un pueblo.

Existe una galería nacional de los retratos de los americanos distinguidos, en cuatro volúmenes en octavo, y lo mas singular es una biografía de la vida de cien indios gefes principales. Logan, gefe de la Virginia, pronunció ante lord Dunmore estas palabras: «En la última primavera, sin ninguna provocacion, el coronel Crasp degolló todos los parientes de Logan; ya no corre una sola gota de mi sangre por las venas de

ninguna criatura viva. Esto es que lo me ha escitado á la venganza. La he buscado, he muerto mucha gente. ¿Hay ahora quien venga á llorar la muerte de Logan? Nadie.»

Sin amar la naturaleza, los americanos se han aplicado al estudio de la historia natural. Townsend, saliendo de Filadelfia, ha recorrido á pié las regiones que separan el Atlántico del Océano Pacifico, consignando en su diario sus numerosas observaciones. Tomás Suy, viajero de las Floridas y las Montañas de Roca, ha dado una obra sobre la etimologia americana. Wilson, tejedor convertido en autor, tiene descripciones bastante finas.

Llegando á la literatura, propiamente dicha, aunque sea poca cosa, hay algunos escritores que citar entre los poetas y romanceros. El hijo de un cuáquero, Brown, es el autor de *Wieland*, y *Wieland* es el modelo y la fuente de los romances de la nueva escuela. En oposicion á sus compatriotas, «quiero mas, decia Brown, errar en los bosques que segar trigo.» *Wieland*, el héroe del romance, es un puritano á quien el cielo ha mandado matar á su mujer: «Te he traído aquí, le dice, para cumplir las órdenes de Dios; debes morir por mi mano.—Y yo cogí sus dos brazos. Ella dió muchos gritos desgarradores. y quiso soltarse:—*Wieland*, ¿no soy yo tu mujer? ¿Y tú quieres matarme, matarme á mí? ¡Oh! ¡no! ¡gracia! ¡perdon! —Mientras su voz pudo abrirse paso, ella gritó:— ¡Perdon, socorro! *Wieland* estrangula á su mujer, y siente delicias inexplicables junto al cadáver. Aquí está sobrepajado el horror de nuestras invenciones modernas. Brown se habia formado en la lectura de Caleb Williams, é imitaba en *Wieland* una escena del *Otelo*.

Ahora los novelistas americanos, Cooper, Washington-Irving, se ven obligados á refugiarse en Europa para encontrar crónicas y un público. La lengua de los grandes escritores de Inglaterra se ha *criollizado*, *provincializado*, *barbarizado*, sin haber ganado nada en energia, en medio de la naturaleza virgen; se ha visto obligada á formar catálogos de expresiones americanas.

En cuanto á los poetas americanos, su lenguaje es agradable; pero se elevan poco sobre el órden comun. Sin embargo, la *Oda á la brisa de la tarde*, el *Nacimiento del sol en la montaña*, el *Torrente*, y algunas otras poesías, merecen ser leidas. Halleck ha cantado á Botzaris espirante, y Jorge Hill ha errado entre las ruinas de Grecia: «¡Oh Atenas! dice: ¿eres tú, reina solitaria, reina destronada!... ¡Partenon, rey de los templos; tú has visto los monumentos, tus contemporáneos, dejar al tiempo robar sus sacerdotes y sus dioses!»

Me gusta á mí, viajero en las costas de la Hellade y la Atlántide, oír la voz, independiente de una tierra desconocida á la antigüedad, gemir sobre la libertad perdida del viejo-mundo.

PELIGROS PARA LOS ESTADOS-UNIDOS.

¿Pero conservará la América su forma de gobierno? ¿No se dividirán los Estados? ¿No ha sostenido ya un diputado de la Virginia la tesis de la libertad antigua con esclavos, contra un diputado de Massachusetts, defendiendo la libertad moderna sin esclavos, como la ha formado el cristianismo?

¿Los Estados del Norte y del Mediodía, no tienen espíritu é intereses opuestos? ¿Los Estados del Oeste, demasiado distantes del Atlántico, no querrán tener un régimen aparte? Por una parte, ¿el lazo federal es bastante fuerte que pueda mantener la union y obligar á cada Estado á que lo estreche? Por otra, si se aumenta el poder de la presidencia, ¿no vendrá el despotismo con sus guardias y su dictadura?

El aislamiento de los Estados-Unidos les ha permi-

tido nacer y engrandecerse; es dudoso que hubieran podido vivir y crecer en Europa. La suiza federal subsiste en medio de nosotros. ¿Por qué? Porque es pequeña, pobre, acantonada alrededor de montañas, semillero de soldados para los reyes, y punto de reunion para los viajeros.

Separada del antiguo mundo, la poblacion de los Estados-Unidos habita aun la soledad, sus desiertos han sido su libertad; pero ya se alteran las condiciones de su existencia.

La existencia de las democracias de Méjico, de la Colombia, del Perú, de Chile, de Buenos-Aires, revueltas como están, son un peligro. Cuando los Estados-Unidos no tenían cerca mas que las colonias de un reino trasatlántico, ninguna guerra seria era probable. ¿Ahora no son de temer rivalidades? Que de una y otra parte se apele á las armas; que el espíritu militar se apodere de los hijos de Washington, un gran capitán puede subir al trono: la gloria ama las coronas.

He dicho que los Estados del Norte, del Mediodía y del Oeste, estaban divididos por intereses; todos lo saben; rompiendo estos Estados la union, ¿se los reduciria por las armas? Y entonces, ¿qué germen de enemistades derramado en el cuerpo social! Entonces, ¿qué discordias no estallarían entre estos Estados emancipados! Estas repúblicas de ultramar, desunidas, no formarian mas que unidades débiles, de ningún peso en la balanza social, ó serian sucesivamente subyugadas por alguna de ellas. Dejo aparte el grave asunto de las alianzas é intervenciones extranjeras. El Kentucky, pueblo de una raza de hombres mas rústica, mas atrevida y mas militar, parecería el destinado para ser el estado conquistador. En este estado, que devoraria á los otros, el poder de uno solo no tardaria en levantarse sobre el poder de todos.

He hablado del peligro de la guerra; debo recordar los peligros de una larga paz. Los Estados-Unidos, desde su emancipacion, han disfrutado, salvo algunos meses, de la tranquilidad mas profunda: mientras que cien batallas trastornan la Europa, ellos cultivan los campos en seguridad. De ahí un desbordamiento de poblacion y de riquezas, con todos los inconvenientes de la superabundancia de las riquezas y de las poblaciones.

Si sobreviniesen hostilidades en un pueblo antibelicoso, ¿sabrian resistir? ¿Las fortunas y las costumbres consentirian en hacer sacrificios? ¿Cómo renunciar á los usos de comodidades, al bienestar indolente de la vida? La China y la India, dormidas en su muselina, han sufrido constantemente la dominacion extranjera. Lo que conviene á la complexion de una sociedad libre, es un estado de paz moderado por la guerra, y un estado de guerra templado por la paz. Los americanos han llevado demasiado tiempo la corona de olivo; el árbol que la da no es natural de sus playas.

El espíritu mercantil comienza á invadirlos; el interés se hace entre ellos el vicio nacional. Ya el juego de los diferentes bancos se embaraza, y amenaza con una bancarota la fortuna comun. Mientras la libertad produce oro, una república industrial hace prodigios; pero cuando el oro está adquirido ó agotado, pierde el amor de su independencia, no fundado en un sentimiento moral, sino en la sed de la ganancia y la pasión de la industria.

Ademas, es difícil crear una patria entre Estados que no tienen ninguna comunidad de religion y de intereses, que, teniendo diverso origen en diversa época, viven en un suelo diferente y bajo distinto clima. ¿Qué relacion hay entre un francés de la Luisiana, un español de las Floridas, un alemán de Nueva-Yorck, un inglés de la Nueva-Inglaterra, de la Virginia, de la Carolina, de la Georgia, todos re-